

MEMORIAS DE UN POBRE DIABLO*

En veintiocho capítulos y doscientos cincuenta y tres páginas, Hernán Elizondo Arce ofrece una quemante visión de Guanacaste, su provincia natal. La obra tiene, fundamentalmente, el mérito de incorporar a la literatura nacional un panorama casi exhaustivo de la vida en aquella región. Quizá por realizarse en un ángulo tan dilatado, se resiente de cierta superficialidad. Se confirma además lo que el propio autor explica en el prólogo: que la rapidez con que hubo de trabajarse la obra, impidió el pulimento deseable.

Memorias de un pobre diablo es una protesta vehemente contra las injusticias sociales que durante tanto tiempo ha padecido la masa guanacasteca: el latifundio, el cacicazgo, el desamparo oficial, la politiquería, el analfabetismo, la insalubridad. El gran tema de la provincia olvidada y, paradójicamente, explotada, se abre en una variedad de subtemas, sin faltar el de "los hombres machos de la pampa", el de la moza que viaja a la capital y se prostituye y el del guanacasteco que realiza, aunque sólo sea en sueños, la más cara de sus aspiraciones: ser diputado. El tema de la aparición de un líder auténtico, capaz de conducir a su pueblo a una superación democrática, se trata con valentía en el capítulo "Viva Vargas"; quizá alguna vez sea utilizado para una obra literaria de más aliento, que el mismo Elizondo Arce podría intentar.

El título es sugerente. Se explica desde el párrafo inicial y al desarrollarse en los capítulos que se refieren a la infancia del protagonista, traslada la mente del lector a la novela picaresca.

La tónica del ambiente la da el autor, junto con la presentación de escenarios y costumbres de la región, con el recurso lingüístico de nombres y formas sintácticas típicas: "A lo mejor fue ese sinvergüenza el que te echó el maleficio, vos", "la Juanilla", "el Zacarías", "maestritá", "Uy, Conchitá. . ."

Aunque cae en juegos de palabras de muy escaso valor literario ("unas veces con hembra y otras veces con hambre", "Don Andrés se fue haciendo rico con las multas y doña Clara se fue haciendo gorda con las maltas") y abusa de ciertos lugares comunes ("almendros en flor", "llanos en flor", "jardín florecido de luna", "la luna, como una hostia de luz", "el frío mordería las carnes"), el estilo es agradable y se matiza con metáforas y símiles: "torres construidas con el mármol de los sueños", "ojos grandes y redondos como los de un buho encandilado", "una morena que derrite el pavimento", "mano seca como una rama sin savia", "el hongo gigantesco de la carpa", "persígnanse las cumbres con una cruz de relámpagos", "pasaron las guacamayas apares como flechas de colores". Llama la atención también la presencia de antítesis y expresiones paradójicas: "la injusticia de la justicia", "canté mi copla alegre para olvidarme de mi herencia triste", "bellos nombres para pueblos tristes", "negro fulgor". Hay otros recursos estilísticos usados con propiedad.

* Novela de Hernán Elizondo Arce, Biblioteca de Autores Costarricenses, Editorial Costa Rica, San José, 1964

En suma, *Memorias de un pobre diablo* es un estimable aporte a la novelística costarricense. Sus mejores capítulos: “la niña Dorila” y “Doña Clara”. Su mayor valor: revelar a un escritor que, si se empeña seriamente en el duro ejercicio del quehacer literario, puede obtener significativos triunfos.

Viriato Camacho